

III

UN GRAN SEÑOR

Diez y ocho meses cumplían de su matrimonio Pedro y Gabriela, cuando dió ésta á luz una niña, á la cual se puso el nombre de Regina; y como si el cielo hubiera querido rodear á esta criatura del amor más exclusivo y de la solicitud más tierna, hizo estéril para lo sucesivo el seno de su madre.

Pedro adquirió entonces el título de Marqués de Villalta, para dar á su hija un rango igual al de la primera nobleza de España.

Regina creció hermosa y gallarda entre las caricias de sus padres: la adolescencia aumentó las gracias de su niñez, y la juventud coronó su espléndida belleza con un nuevo brillo.

A los diez y seis años, época en que la doy á conocer á mis lectores, era la joven más linda, de más talento y más rica de cuantas pertenecían á la aristocracia española; y el espléndido lujo que la rodeaba, unido al apasionado y proverbial amor

de sus padres, la hacían el objeto de la envidia de todas las jóvenes de su clase.

Pedro de Villalta no había cambiado mucho: á la sazón era un hombre de cincuenta años, de carácter fuerte como el hierro, pero de noble y bellissimo corazón.

Acostumbrado, desde la cuna, á vivir rodeado de sumisión y respeto, no dispensaba á su numerosa servidumbre el más leve descuido en la severa é invariable etiqueta que tenía establecida en su palacio,

Los ayudas de cámara usaban, por orden suya, traje negro y corbata blanca: las libreas de los lacayos eran magníficas, y todos los muebles que había desde la primera antesala del palacio hasta su más oscuro rincón, ostentaban la corona de Marqués sobre el doble y antiquísimo blasón de su familia y de la muy ilustre de su esposa.

La nobleza antigua de la corte respetaba, en vez de zaherirla, la severa etiqueta del Marqués Pedro de Villalta: sabían todos que su cuna era buena, y que las riquezas que le habían servido para alcanzar el título que le igualaba con ellos, habían sido honrosamente adquiridas.

El mundo, por más que nos empeñemos en creerle injusto, no siempre lo es: si fuéramos á buscar el origen de sus juicios, de sus simpatías y de sus odios, hallaríamos que no pocas veces tiene razón en lo que rechaza y en lo que acoge.

El *gran mundo* del año de 1838 apreciaba sin-

ceramente al Marqués de Villalta; admiraba la belleza poética y encantadora de la Marquesa su esposa, al mismo tiempo que su dulcísimo carácter, su corazón sensible y benéfico sobre toda ponderación, y la ternura tranquila de su alma, viendo en su hija la señorita Regina lo que se llama un *soberbio partido* para cualquiera de los jóvenes de la grandeza.

No obstante, el mundo en su inapelable justicia había descubierto en la hija de los Marqueses de Villalta un orgullo feroz y un corazón viciado por el loco amor que sus padres le profesaban.

La dignidad orgullosa del Marqués no se limitaba á pueriles exterioridades: él era magnífico en todo cuanto hacía, sin pretender ostentarlo: era además sinceramente religioso: todos los sábados—día consagrado á la Virgen, á la cual profesaba una tierna devoción—salía de su casa por la mañana muy temprano, solo y á pié, visitaba muchas familias menesterosas, de las cuales era el protector hacía algunos años, y sus bolsillos, llenos de monedas de oro y plata al salir de su palacio, volvían enteramente vacíos.

Sus arrendatarios eran felices, porque él tenía el mayor cuidado de que nada les faltase, á condición de que fuesen laboriosos é irrepreensibles en su conducta: si alguno cometía una falta, se le reprendía, seria, pero blandamente: mas si reincidía con pocas intenciones de enmienda, le echaba de su casa sin hacer caso de sus quejas.

De este modo era una especie de providencia terrestre, que, á la imagen de Dios, castigaba y daba premios con tanta equidad como justicia.

Un solo sentimiento dominaba el corazón del Marqués: el amor á su hija.

Regina era el único fruto de su unión, y jamás hija alguna reinó con más absoluto imperio en el corazón de su padre.

Cuando aquélla despertaba, veía al lado de su lecho al Marqués que espiaba el momento en que abría los ojos para abrazarla, con la misma ambiciosa ternura que si hiciese muchos días que no la hubiese visto: poco después entraba su madre, y el Marqués salía para esperarlas en el comedor.

La Marquesa, no menos idólatra de su hija que su esposo, la vestía por sí misma con aquel cuidado prolijo que sólo saben emplear las madres: quitábale su gorro de cama de batista y encajes, y alisaba sus cabellos con un peine de concha; cruzaba su bata con previsora solicitud é iban ambas á reunirse con el Marqués.

Regina pasaba la vida entre aquellos dos tiernos y solícitos amores, sin deseos, porque jamás le daban tiempo para tenerlos: su habitación, alhajada con tanta riqueza como elegancia, era la más deliciosa que puede imaginarse: sus consolas estaban llenas de juguetes de plata, china y nácar; la sillería de su gabinete de labor era de nácar con asientos de terciopelo blanco bordado de seda; las mesas de mármol de Carrara, y su lecho,

de plata maciza y digno de una reina por su magnificencia, estaba rodeado de cortinas de damasco blanco con cordones y borlas de plata.

Mas la joven estaba rodeada de tan fastuosa opulencia y usaba diamantes y encajes contra su gusto y únicamente porque así lo querían sus padres.

Todos sus trajes eran de terciopelo y de seda: tenía carruajes y criados destinados exclusivamente á su servicio particular, pues aunque para ella estaban demás, el Marqués anhelaba manifestarle su amor por todos los medios posibles: creía ¡pobre y obcecado padre! que la opulencia y el fausto tienen que ver algo con la felicidad del corazón; creía que los bienes materiales son el todo; que la ostentación de la riqueza puede significar el amor entre un padre y su hija; y su pasión por Regina le había cegado hasta el extremo de juzgar vulgarmente el corazón de la joven, y de desconocer que preparaba para entrambos un porvenir de lágrimas y de dolor, un manantial inagotable de penas, cuyo término debía ser la muerte.

IV

REGINA

Ya he dicho que la Marquesa de Villalta era tan amante de su hija como su esposo; pero su carácter, mucho más suave y dulce que el del Marqués, la hacía aún más cariñosa que éste para Regina: pasábase el día besándola, mirábase en sus ojos y no permitía que nadie más que ella se ocupara del adorno de su hija.

Regina era alta, esbelta y muy hermosa: era en cuerpo y alma el verdadero retrato de su padre: solamente había en ella aquella delicadeza propia de la mujer, y que estaba en contraposición directa con la tez morena del Marqués y con sus facciones pronunciadas.

La joven tenía la tez blanca y trasparente como el nácar, lo que formaba un precioso contraste con sus grandes y ardientes ojos negros: su cabello, negro también, era abundante y rizado: su boca y su nariz no podían ser más perfectas: su